

DOMINGO DE PASIÓN

5 DE ABRIL, 2020, IPM

DOMINGO DE RAMOS

Bienvenidos al servicio en línea desde Christ Church Cathedral. Este boletín contiene todo lo que necesita para participar. Para saber más sobre los servicios en línea que ofrece Christ Church Cathedral, puede visitarnos en la página web: cccindy.org. Para asistencia, por favor llámenos al 317-636-4577.

PRELUDIO Milonga

J. Cardoso b. 1949

LITURGIA DE LAS PALMAS

ACLAMACIÓN *Standing*

Celebrante: Bendito el Rey que viene en nombre del Señor;

Pueblo: **Paz en el cielo y gloria en las alturas.**

COLECTA

Celebrante: Oremos.

Asístenos misericordiosamente con tu ayuda, Señor Dios de nuestra salvación, para que entremos con júbilo a la contemplación de aquellos hechos poderosos, por medio de los cuales nos has concedido vida e inmortalidad; por Jesucristo nuestro Señor. **Amén.**

EL EVANGELIO DE LAS PALMAS: San Mateo 21:1-11

Evangelista: El Santo Evangelio de nuestro Señor Jesucristo, según San Mateo.

Pueblo: **¡Gloria a ti, Cristo Señor!**

Cuando ya estaban cerca de Jerusalén y habían llegado a Betfagé, al Monte de los Olivos, Jesús envió a dos de sus discípulos, diciéndoles: —Vayan a la aldea que está enfrente. Allí encontrarán una burra atada, y un burrito con ella. Desátenla y tráiganmelos. Y si alguien les dice algo, díganle que el Señor los necesita y que en seguida los devolverá. Esto sucedió para que se cumpliera lo que dijo el profeta, cuando escribió: «Digan a la ciudad de Sión: “Mira, tu Rey viene a ti, humilde, montado en un burro, en un burrito, cría de una bestia de carga.”» Los discípulos fueron e hicieron lo que Jesús les había mandado. Llevaron la burra y su cría, echaron sus capas encima de ellos, y Jesús montó. Había mucha gente. Unos tendían sus capas por el camino, y otros tendían ramas que cortaban de los árboles. Y tanto los que iban delante como los que iban detrás, gritaban: —¡Hosana al Hijo del rey David! ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor! ¡Hosana en las alturas! Cuando Jesús entró en Jerusalén, toda la ciudad se alborotó, y muchos preguntaban: —¿Quién es éste? Y la gente contestaba: —Es el profeta Jesús, el de Nazaret de Galilea.

Evangelista: El Evangelio del Señor.

Pueblo: **Te alabamos, Cristo Señor.**

CANTO DE ENTRADA ¡Hosanna Hey!

Tradicional

¡Hosanna Hey! Hosanna Ha!	El es el Santo,
¡Hosanna Hey, Hosanna Hey!	Es el Hijo de Maria,
¡Hosanna Ha!	Es el Dios de Israel,
	Es el Hijo de David.

Vamos a El
Con espigas de mi trigo,
Y con mil granos de olivo,
Siempre alegre, siempre a El!

LA COLECTA DEL DÍA

Celebrante: El Señor sea con ustedes.

Pueblo: **Y con tu espíritu.**

Celebrante: Oremos.

Dios omnipotente y eterno, en tu tierno amor hacia el género humano, enviaste a tu Hijo nuestro Salvador Jesucristo para asumir nuestra naturaleza, y padecer muerte en la cruz, mostrándonos ejemplo de su gran humildad: Concédenos, en tu misericordia, que caminemos por el sendero de su padecimiento y participemos también en su resurrección; por Jesucristo nuestro Señor, que vive y reina contigo y el Espíritu Santo, un solo Dios, por los siglos de los siglos. **Amén.**

LA PRIMERA LECTURA: Isaías 50:4–9a *Sentados*

El Señor me ha instruido para que yo consuele a los cansados con palabras de aliento. Todas las mañanas me hace estar atento para que escuche dócilmente. El Señor me ha dado entendimiento, y yo no me he resistido ni le he vuelto las espaldas. Ofrecí mis espaldas para que me azotaran y dejé que me arrancaran la barba. No retiré la cara de los que me insultaban y escupían. El Señor es quien me ayuda: por eso no me hieren los insultos; por eso me mantengo firme como una roca, pues sé que no quedaré en ridículo. A mi lado está mi defensor: ¿Alguien tiene algo en mi contra? ¡Vayamos juntos ante el juez! ¿Alguien se cree con derecho a acusarme? ¡Que venga y me lo diga! El Señor es quien me ayuda; ¿quién podrá condenarme?

Lector: Palabra del Señor.

Pueblo: **Demos gracias a Dios.**

CANTO Jesús es el Señor

J. A. Romero

Jesús, Señor de la creación,
Siendo en forma de Dios,
Se despojó de sí mismo,
Tomó la semejanza de hombre,
Y siendo puro y sin mancha,
Entre nosotros vivió.

Y así mismo se humilló,
Tomando forma de siervo,
Hasta su vida entregar,
Y en una cruz terminar.

*Más Dios a lo sumo lo exaltó,
Y su nombre engrandeció,
Para que ante su autoridad,
Toda rodilla se doble,
Y toda lengua confiese que
Jesús es El Señor.*

LECTURA DE LA CARTA DE SAN PABLO A LOS FILIPENSES *Sentados*

Tengan unos con otros la manera de pensar propia de quien está unido a Cristo Jesús, el cual: Aunque existía con el mismo ser de Dios, no se aferró a su igualdad con él, sino que renunció a lo que era suyo y tomó naturaleza de siervo. Haciéndose como todos los hombres y presentándose como un hombre cualquiera, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, hasta la muerte en la cruz. Por eso Dios le dio el más alto honor y el más excelente de todos los nombres, para que, ante ese nombre concedido a Jesús, doblen todos las rodillas en el cielo, en la tierra y debajo de la tierra, y todos reconozcan que Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre.

Lector: Palabra del Señor.

Pueblo: **Demos gracias a Dios**

LA PASIÓN DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO SEGÚN SAN MATEO

El primer día de la fiesta en que se comía el pan sin levadura, los discípulos se acercaron a Jesús y le preguntaron: —¿Dónde quieres que te preparemos la cena de Pascua?

Él les contestó:

—Vayan a la ciudad, a casa de Fulano, y díganle: “El Maestro dice: Mi hora está cerca, y voy a tu casa a celebrar la Pascua con mis discípulos.”

Los discípulos hicieron como Jesús les había mandado, y prepararon la cena de Pascua.

Cuando llegó la noche, Jesús estaba a la mesa con los doce discípulos; y mientras comían, les dijo:

—Les aseguro que uno de ustedes me va a traicionar.

Ellos se pusieron muy tristes, y comenzaron a preguntarle uno tras otro:

—Señor, ¿acaso seré yo?

Jesús les contestó:

—Uno que moja el pan en el mismo plato que yo, va a traicionarme. El Hijo del hombre ha de recorrer el camino que dicen las Escrituras; pero ¡ay de aquel que lo traiciona! Hubiera sido mejor para él no haber nacido.

Entonces Judas, el que lo estaba traicionando, le preguntó:

—Maestro, ¿acaso seré yo?

—Tú lo has dicho —contestó Jesús.

Mientras comían, Jesús tomó en sus manos el pan y, habiendo dado gracias a Dios, lo partió y se lo dio a los discípulos, diciendo:

—Tomen y coman, esto es mi cuerpo.

Luego tomó en sus manos una copa y, habiendo dado gracias a Dios, se la pasó a ellos, diciendo:

—Beban todos ustedes de esta copa, porque esto es mi sangre, con la que se confirma la alianza, sangre que es derramada en favor de muchos para perdón de sus pecados. Pero les digo que no volveré a beber de este producto de la vid, hasta el día en que beba con ustedes el vino nuevo en el reino de mi Padre.

Después de cantar los salmos, se fueron al Monte de los Olivos. Y Jesús les dijo:

—Todos ustedes van a perder su fe en mí esta noche. Así lo dicen las Escrituras: “Mataré al pastor, y las ovejas se dispersarán.” Pero cuando yo resucite, los volveré a reunir en Galilea.

Pedro le contestó:

—Aunque todos pierdan su fe en ti, yo no la perderé.

Jesús le dijo:

—Te aseguro que esta misma noche, antes que cante el gallo, me negarás tres veces.

Pedro afirmó:

—Aunque tenga que morir contigo, no te negaré.

Y todos los discípulos decían lo mismo.

Luego fue Jesús con sus discípulos a un lugar llamado Getsemaní, y les dijo:

—Siéntense aquí, mientras yo voy allí a orar.

Y se llevó a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo, y comenzó a sentirse muy triste y angustiado. Les dijo:

—Siento en mi alma una tristeza de muerte. Quédense ustedes aquí, y permanezcan despiertos conmigo.

En seguida Jesús se fue un poco más adelante, se inclinó hasta tocar el suelo con la frente, y oró diciendo: «Padre mío, si es posible, líbrame de este trago amargo; pero que no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres tú.»

Luego volvió a donde estaban los discípulos, y los encontró dormidos. Le dijo a Pedro:

—¿Ni siquiera una hora pudieron ustedes mantenerse despiertos conmigo? Manténganse despiertos y oren, para que no caigan en tentación. Ustedes tienen buena voluntad, pero son débiles.

Por segunda vez se fue, y oró así: «Padre mío, si no es posible evitar que yo sufra esta prueba, hágase tu voluntad.»

Cuando volvió, encontró otra vez dormidos a los discípulos, porque sus ojos se les cerraban de sueño. Los dejó y se fue a orar por tercera vez, repitiendo las mismas palabras. Entonces regresó a donde estaban los discípulos, y les dijo: —¿Siguen ustedes durmiendo y descansando? Ha llegado la hora en que el Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los pecadores. Levántense, vámonos; ya se acerca el que me traiciona.

Todavía estaba hablando Jesús, cuando Judas, uno de los doce discípulos, llegó acompañado de mucha gente armada con espadas y con palos. Iban de parte de los jefes de los sacerdotes y de los ancianos del pueblo. Judas, el traidor, les había dado una contraseña, diciéndoles: «Al que yo bese, ése es; arrésteno.» Así que, acercándose a Jesús, dijo:

—¡Buenas noches, Maestro!

Y lo besó. Jesús le contestó:

—Amigo, adelante con tus planes.

Entonces los otros se acercaron, echaron mano a Jesús y lo arrestaron.

En eso, uno de los que estaban con Jesús sacó su espada y le cortó una oreja al criado del sumo sacerdote. Jesús le dijo:

—Guarda tu espada en su lugar. Porque todos los que pelean con la espada, también a espada morirán. ¿No sabes que yo podría rogarle a mi Padre, y él me mandaría ahora mismo más de doce ejércitos de ángeles? Pero en ese caso, ¿cómo se cumplirían las Escrituras, que dicen que debe suceder así?

En seguida Jesús preguntó a la gente:

—¿Por qué han venido ustedes con espadas y con palos a arrestarme, como si yo fuera un bandido? Todos los días he estado enseñando en el templo, y nunca me arrestaron. Pero todo esto sucede para que se cumpla lo que dijeron los profetas en las Escrituras.

En aquel momento, todos los discípulos dejaron solo a Jesús y huyeron.

Los que habían arrestado a Jesús lo llevaron a la casa de Caifás, el sumo sacerdote, donde los maestros de la ley y los ancianos estaban reunidos. Pedro lo siguió de lejos hasta el patio de la casa del sumo sacerdote. Entró, y se quedó sentado con los guardianes del templo, para ver en qué terminaría todo aquello.

Los jefes de los sacerdotes y toda la Junta Suprema buscaban alguna prueba falsa para condenar a muerte a Jesús, pero no la encontraron, a pesar de que muchas personas se presentaron y lo acusaron falsamente. Por fin se presentaron dos más, que afirmaron:

—Este hombre dijo: “Yo puedo destruir el templo de Dios y volver a levantarlo en tres días.”

Entonces el sumo sacerdote se levantó y preguntó a Jesús:

—¿No contestas nada? ¿Qué es esto que están diciendo contra ti?

Pero Jesús se quedó callado. El sumo sacerdote le dijo:

—En el nombre del Dios viviente te ordeno que digas la verdad. Dinos si tú eres el Mesías, el Hijo de Dios.

Jesús le contestó:

—Tú lo has dicho. Y yo les digo también que ustedes van a ver al Hijo del hombre sentado a la derecha del Todopoderoso, y viniendo en las nubes del cielo.

Entonces el sumo sacerdote se rasgó las ropas en señal de indignación, y dijo:

—¡Las palabras de este hombre son una ofensa contra Dios! ¿Qué necesidad tenemos de más testigos? Ustedes han oído sus palabras ofensivas; ¿qué les parece?

Ellos contestaron:

—Es culpable, y debe morir.

Entonces le escupieron en la cara y lo golpearon. Otros le pegaron en la cara, diciéndole:

—Tú que eres el Mesías, ¡adivina quién te pegó!

Pedro, entre tanto, estaba sentado afuera, en el patio. En esto, una sirvienta se le acercó y le dijo:

—Tú también andabas con Jesús, el de Galilea.

Pero Pedro lo negó delante de todos, diciendo:

—No sé de qué estás hablando.

Luego se fue a la puerta, donde otra lo vio y dijo a los demás:

—Ése andaba con Jesús, el de Nazaret.

De nuevo Pedro lo negó, jurando:

—¡No conozco a ese hombre!

Poco después, los que estaban allí se acercaron a Pedro y le dijeron:

—Seguro que tú también eres uno de ellos. Hasta en tu manera de hablar se te nota.

Entonces él comenzó a jurar y perjurar, diciendo:

—¡No conozco a ese hombre!

En aquel mismo momento cantó un gallo, y Pedro se acordó de que Jesús le había dicho: «Antes que cante el gallo, me negarás tres veces.» Y salió Pedro de allí, y lloró amargamente.

Judas, el que había traicionado a Jesús, al ver que lo habían condenado, tuvo remordimientos y devolvió las treinta monedas de plata a los jefes de los sacerdotes y a los ancianos, diciéndoles:

—He pecado entregando a la muerte a un hombre inocente.

Pero ellos le contestaron:

—¿Y eso qué nos importa a nosotros? ¡Eso es cosa tuya!

Entonces Judas arrojó las monedas en el templo, y fue y se ahorcó.

Los jefes de los sacerdotes recogieron aquel dinero, y dijeron:

—Este dinero está manchado de sangre; no podemos ponerlo en el cofre de las ofrendas.

Así que tomaron el acuerdo de comprar con él un terreno llamado el Campo del Alfarero, para tener un lugar donde enterrar a los extranjeros. Por eso, aquel terreno se llama hasta el día de hoy Campo de Sangre. Así se cumplió lo que había dicho el profeta Jeremías: «Tomaron las treinta monedas de plata, el precio que los israelitas le habían puesto, y con ellas compraron el campo del alfarero, tal como me lo ordenó el Señor.»

Cuando amaneció, todos los jefes de los sacerdotes y los ancianos de los judíos se pusieron de acuerdo en un plan para matar a Jesús. Lo llevaron atado y se lo entregaron a Pilato, el gobernador romano.

Jesús fue llevado ante el gobernador, que le preguntó:

—¿Eres tú el Rey de los judíos?

—Tú lo has dicho —contestó Jesús.

Mientras los jefes de los sacerdotes y los ancianos lo acusaban, Jesús no respondía nada. Por eso Pilato le preguntó:

—¿No oyes todo lo que están diciendo contra ti?

Pero Jesús no le contestó ni una sola palabra; de manera que el gobernador se quedó muy extrañado.

Durante la fiesta, el gobernador acostumbraba dejar libre un preso, el que la gente escogiera. Había entonces un preso famoso llamado Jesús Barrabás; y estando ellos reunidos, Pilato les preguntó:

—¿A quién quieren ustedes que les ponga en libertad: a Jesús Barrabás, o a Jesús, el que llaman el Mesías?

Porque se había dado cuenta de que lo habían entregado por envidia.

Mientras Pilato estaba sentado en el tribunal, su esposa mandó a decirle: «No te metas con ese hombre justo, porque anoche tuve un sueño horrible por causa suya.»

Pero los jefes de los sacerdotes y los ancianos convencieron a la multitud de que pidiera la libertad de Barrabás y la muerte de Jesús. El gobernador les preguntó otra vez:

—¿A cuál de los dos quieren ustedes que les ponga en libertad?

Ellos dijeron:

—¡A Barrabás!

Pilato les preguntó:

—¿Y qué voy a hacer con Jesús, el que llaman el Mesías?

Todos contestaron:

—¡Crucifícalo!

Pilato les dijo:

—Pues ¿qué mal ha hecho?

Pero ellos volvieron a gritar:

—¡Crucifícalo!

Cuando Pilato vio que no conseguía nada, sino que el alboroto era cada vez mayor, mandó traer agua y se lavó las manos delante de todos, diciendo:

—Yo no soy responsable de la muerte de este hombre; es cosa de ustedes.

Toda la gente contestó:

—¡Nosotros y nuestros hijos nos hacemos responsables de su muerte!

Entonces Pilato dejó libre a Barrabás; luego mandó azotar a Jesús y lo entregó para que lo crucificaran.

Los soldados del gobernador llevaron a Jesús al palacio y reunieron toda la tropa alrededor de él. Le quitaron su ropa, lo vistieron con una capa roja y le pusieron en la cabeza una corona tejida de espinas y una vara en la mano derecha. Luego se arrodillaron delante de él, y burlándose le decían:

—¡Viva el Rey de los judíos!

También lo escupían, y con la misma vara le golpeaban la cabeza. Después de burlarse así de él, le quitaron la capa roja, le pusieron su propia ropa y se lo llevaron para crucificarlo.

Al salir de allí, encontraron a un hombre llamado Simón, natural de Cirene, a quien obligaron a cargar con la cruz de Jesús.

Cuando llegaron a un sitio llamado Gólgota, (es decir, «Lugar de la Calavera»), le dieron a beber vino mezclado con hiel; pero Jesús, después de probarlo, no lo quiso beber.

Cuando ya lo habían crucificado, los soldados echaron suertes para repartirse entre sí la ropa de Jesús. Luego se sentaron allí para vigilarlo. Y por encima de su cabeza pusieron un letrero, donde estaba escrita la causa de su condena. El letrero decía: «Éste es Jesús, el Rey de los judíos.»

También fueron crucificados con él dos bandidos, uno a su derecha y otro a su izquierda. Los que pasaban lo insultaban, meneando la cabeza y diciendo:

—¡Tú ibas a derribar el templo y a reconstruirlo en tres días! ¡Si eres Hijo de Dios, sálvate a ti mismo y bájate de la cruz!

De la misma manera se burlaban de él los jefes de los sacerdotes y los maestros de la ley, junto con los ancianos.

Decían:

—Salvó a otros, pero a sí mismo no puede salvarse. Es el Rey de Israel: ¡pues que baje de la cruz, y creeremos en él! Ha puesto su confianza en Dios: ¡pues que Dios lo salve ahora, si de veras lo quiere! ¿No nos ha dicho que es Hijo de Dios?

Y hasta los bandidos que estaban crucificados con él, lo insultaban.

Desde el mediodía y hasta las tres de la tarde, toda la tierra quedó en oscuridad. A esa misma hora, Jesús gritó con fuerza: «Elí, Elí, ¿lemá sabactani?» (es decir: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?»)

Algunos de los que estaban allí, lo oyeron y dijeron:

—Éste está llamando al profeta Elías.

Al momento, uno de ellos fue corriendo en busca de una esponja, la empapó en vino agrio, la ató a una caña y se la acercó para que bebiera. Pero los otros dijeron:

—Déjalo, a ver si Elías viene a salvarlo.

Jesús dio otra vez un fuerte grito, y murió. En aquel momento el velo del templo se rasgó en dos, de arriba abajo.

La tierra tembló, las rocas se partieron y los sepulcros se abrieron; y hasta muchas personas santas, que habían muerto, volvieron a la vida. Entonces salieron de sus tumbas, después de la resurrección de Jesús, y entraron en la santa ciudad de Jerusalén, donde mucha gente los vio.

Cuando el capitán y los que estaban con él vigilando a Jesús vieron el terremoto y todo lo que estaba pasando, se llenaron de miedo y dijeron:

—¡De veras este hombre era Hijo de Dios!

EL SERMÓN

El Revdo. Hipolito Fernandez

Período de silencio.

LAS ORACIONES DE LOS FIELES, FÓRMULA I

Líder: Con todo el corazón y con toda la mente, oremos al Señor, diciendo: "Señor, ten piedad".

Por la paz de lo alto, por la misericordia de Dios y por la salvación de nuestras almas, oremos al Señor:

Pueblo: **Señor, ten piedad**

Las oraciones de los fieles cambian cada semana en respuesta a las necesidades del mundo y de nuestra comunidad. Las oraciones concluyen con:

Líder: En la comunión de todos los santos, encomendémonos los unos a los otros, y toda nuestra vida a Cristo nuestro Dios.

Pueblo: **A ti, Señor nuestro Dios**

Silencio

El o la Celebrante agrega una oración colecta.

LA PAZ

Celebrante: La paz del Señor sea siempre con ustedes.

Pueblo: **Y con tu espíritu.**

BIENVENIDA Y ANUNCIOS

VERSICULO DEL OFERTORIO

CANTO DE OFERTORIO Nadie te ama como yo *De pie*

M. Valverde

Cuánto he esperado este momento,
Cuánto he esperado que estuvieras así,
Cuánto he esperado que me hablaras,
Cuánto he esperado que vinieras a mí.

Yo sé bien lo que has vivido,
Yo sé bien lo que has llorado,
Yo sé bien lo que has sufrido,
Pues de tu lado no me he ido...

*Pues nadie te ama como yo,
Pues nadie te ama como yo,
mira la cruz, esa es mi mas grande prueba,
nadie te ama como yo.*

*Pues nadie te ama como yo,
Pues nadie te ama como yo,
Mira la cruz, fue por ti, fue porque te amo,
nadie te ama como yo.*

Yo sé bien lo que me dices,
Aunque a veces no me hablas,
Yo sé bien lo que en ti sientes
Aunque nunca lo compartas.

Yo a tu lado he caminado,
Junto a ti yo siempre he ido,
Algunas veces te he cargado,
Yo he sido tu mejor amigo.

UN ACTO DE COMUNIÓN ESPIRITUAL

Presider: Oremos.

People: **Cristo Señor, tú has prometido que donde dos o tres están reunidos en tu nombre, estarás en medio de ellos, y que incluso cuando estemos solos, nunca nos abandonarás ni nos dejarás a nuestra suerte. En estos días en que no podemos reunirnos como de costumbre, danos a los miembros de tu Cuerpo, total certeza de tu presencia entre nosotros. Encuéntranos en la oración y en la lectura de las Sagradas Escrituras, como en el pan y el vino del que ayunamos. Únete a nosotros en tu amor; inspíranos a conectarnos a través de la distancia. Protégenos del peligro; y pon tu paz permanente en nuestros corazones. Amén.**

PADRE NUESTRO

P. Kolar

Padre Nuestro, que estás en el cielo, santificado sea tu nombre; venga a nosotros tu reino; hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo. Danos hoy nuestro pan de cada día; perdona nuestras ofensas, como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden; No nos dejes caer en tentación, y líbranos del mal. Porque tuyo es el reino, tuyo el poder y la gloria, ahora y por siempre, Amén.

ACCIÓN DE GRACIAS EN GENERA

Dios omnipotente, Padre de toda misericordia, nosotros, indignos siervos tuyos, humildemente te damos gracias por todo tu amor y benignidad a nosotros y a todos los seres humanos. Te bendecimos por nuestra creación, preservación y todas las bendiciones de esta vida; pero sobre todo por tu amor inmensurable en la redención del mundo por nuestro Señor Jesucristo; por los medios de gracia, y la esperanza de gloria. Y te suplicamos nos hagas conscientes de tus bondades de tal manera que, con un corazón verdaderamente agradecido, proclamemos tus alabanzas, no sólo con nuestros labios, sino también con nuestras vidas, entregándonos a tu servicio y caminando en tu presencia, en santidad y justicia, todos los días de nuestra vida; por Jesucristo nuestro Señor, a quien, contigo y el Espíritu Santo, sea todo honor y gloria, por los siglos de los siglos. Amén.

LA BENDICIÓN DE CUARESMA

Oh Dios, tú nos has enseñado a guardar tus mandamientos amándote a ti y a nuestro prójimo: Danos la gracia de tu Espíritu Santo para que nos consagremos a ti de todo corazón, y nos unamos unos a otros con afecto puro; por Jesucristo nuestro Señor, que vive y reina contigo y el Espíritu Santo, un solo Dios, por los siglos de los siglos. **Amén.**

CANTO DE SALIDA ¿Presenciaste la muerte del Señor?

Tradicional Afroamericano

¿Presenciaste la muerte del Señor?
¿Presenciaste la muerte del Señor?
Oh, a veces al pensarlo tiemblo,
Tiemblo, tiemblo.
¿Presenciaste la muerte del Señor?

¿Viste cuando en la cruz clavado fue?
¿Viste cuando en la cruz clavado fue?
Oh, a veces al pensarlo tiemblo,
Tiemblo, tiemblo.
¿Viste cuando en la cruz clavado fue?

¿Viste cuando el sol se oscureció?
¿Viste cuando el sol se oscureció?
Oh, a veces al pensarlo tiemblo,
Tiemblo, tiemblo.
¿Viste cuando el sol se oscureció?

¿Viste cuando su espíritu entregó?
¿Viste cuando su espíritu entregó?
Oh, a veces al pensarlo tiemblo,
Tiemblo, tiemblo.
¿Viste cuando su espíritu entregó?

¿Viste cuando la tumba le encerró?
¿Viste cuando la tumba le encerró?
Oh, a veces al pensarlo tiemblo,
Tiemblo, tiemblo.
¿Viste cuando la tumba le encerró?

DESPEDIDA

Pueblo: **Demos gracias a Dios.**

Celebrante: La Muy Revda. Mary Slenski, La Reverenda Joyce Scheyer

All music is reprinted under OneLicense.net #A717926

125 Monument Circle
Indianapolis, Indiana
46204-2993

Phone: 317-636-4577
www.cccindy.org



Extendiendo el Abrazo de Dios con Corazón y Voz

La Reverendísima Jennifer Baskerville-Burrows, *Obispa de Indianapolis*
La Muy Reverenda Mary Slenski, *Dedn y Rectora (ad interim)*
La Reverenda Joyce Scheyer, *Pastora Canónica (ad interim)*
El Reverendo Hipolito Fernandez, *Canon for Latino/Latinx Ministries (ad interim)*
La Reverenda Fatima Yakubu-Madus, *Diácona*
Christopher Caruso-Lynch, *Director de Musica (ad interim)*
Yuri Rodriguez, *Manager de Ministerios y Comunicaciones & Directora Associate de Música Hispana*
Collin Miller, *Organista*
Veronica Godinez, *Coordinadora de Apoyo para Ministerios*
El Reverendo Thomas Kryder-Reid, *Sacerdote Asociado*
La Reverenda Susan Mills, *Sacerdote Asociada*